

Trampantojo

Dispara!

La orden destripó de un certero tajo el silencio espeso de la noche dividiendo el callejón en dos mitades intangibles y convirtiendo la pistola, al final de mi brazo extendido, en el equinoccio del espacio donde -hasta un instante antes del grito- los asesinos y sus víctimas se confundían entre sí camuflándose con las sombras del arrabal.

No reaccioné. El eco de la voz que me había ordenado disparar rebotó desde mi parálisis hasta los adosquines empapados de orina del adolescente de tez oscura que, arrodillado frente a mí entre contenedores atestados de basura fermentada, imploraba por su vida en un castellano plagado de acentos árabes mientras se cubría azoradamente con las manos ensangrentadas los pantalones mojados.

Sus gemidos entrecortados apenas pudieron amordazar al segundo bramido, que estalló a escasos centímetros de mis oídos.

- ¡Dispara de una puta vez al moro cabrón!

Durante un segundo dudé sobre el destinatario del insulto, y estaba deduciendo que iba dirigido al muchacho de rasgos marroquíes y no a mí cuando un dolor desconocido e insoportable me laceró los riñones cortándome la respiración. Mantuve el equilibrio a duras penas y acerté a adivinar, en la masa opaca y salvaje que me machacaba la espalda con una porra eléctrica, al cabeza rapada que condujo la furgoneta desde donde fui secuestrado, la mañana de aquel mismo día, hasta el maldito callejón.

Antes de que tuviese tiempo de protestar fueron varias bestias alopécicas las que -imitando al simio conductor- se ensañaron brutalmente golpeándome con un siniestro arsenal de barras, cadenas y puños americanos.

No recuerdo cuanto tiempo permanecí acurrucado junto al inmigrante musulmán intentando protegerme de los golpes; la tercera orden me catapultó del suelo reacomponiendo mi verticalidad y rearmándome con la automática que debí soltar en algún momento durante la paliza y que ahora de nuevo se exhibía impúdica en el extremo de mi brazo.

- ¡Dispara al moro de una puta vez maricón de mierda! ¡Dispara o te mato aquí mismo como a un puto perro!

El mandato precedió a la concreción de la amenaza sin plantear ninguna incertidumbre sobre el destinatario de cada epíteto. El cañón -gélido y metálico, inquisitivo- de un enorme revolver me presionaba la sien derecha taladrándome el cráneo al tiempo que la saliva cáustica del nazi que me

urgía a matar me resbalaba por la nuca dejando a su paso un reguero de piel corroída. Sólo el terror martilleándome el pecho me mantuvo sólido a pesar del deseo infinito de evaporarme y desaparecer; de la necesidad de escurrirme líquido entre las fauces del animal que me azuzaba aproximando tanto sus mandíbulas a mi cara que su aliento se me confundía con el aire en los pulmones.

El chasquido del percutor del revolver junto a mis tímpanos horadó en el aire un agujero sin fondo por el que me precipité con el vientre descompuesto confirmando vergonzosamente mi conjeturada comunión entre el miedo y la indignidad. La presión del arma sobre mi sien era tan aguda que casi podía sentirla en mitad del cerebro abriéndose paso entre

muchacho- sometía al del galope de los mil caballos desbocados percutiéndome los parietales mientras la garra del jefe antropoide me conducía la mano -vencida y armada- hasta la frente coronada por guedejas de espinas rizadas y negras.

- ¡Dispara ya maricón!

Disparé. Con los ojos cerrados y las mandíbulas fundidas en una mueca vacía, cuando la voz del demonio con cráneo de marfil espantó al último pensamiento que me anidaba en la razón provocando en su huida un remolino de sueños chamuscados -por el beso del casquillo incandescente- que detuvo el tiempo.

La detonación del disparo se fundió en el aire con el vagido afónico del que iba a morir y sentí que me había convertido en un asesino.

La detonación del disparo se fundió en el aire con el vagido afónico del que iba a morir y sentí que me había convertido en un asesino.



El eco estridente de las carcajadas de la manada me zarandó la inconsciencia espantándome del letargo fúnebre en el que me había sumido el estampido del disparo.

las neuronas y los recuerdos devastando -en su recorrido atilano- el territorio donde crece lo racional.

No sé cuando me doblegué. Ni cuanto tiempo transcurrió entre mi determinación inicial de mantener la integridad a pesar de las amenazas del primate calvo y la rendición final; de aquel camino hasta la alienación absoluta aun hoy conservo cicatrices de golpes que ya no recuerdo y jirones de mentiras que no puedo olvidar.

Al final del agujero, cuando dejé de caer, me estampé de bruces contra el rostro deformado por el espanto de mi víctima accidental; no oí su voz ronca ni su llanto, enmudecidos por el rumor sordo del coro de simios que aullando anunciaba la inminente tragedia; sólo el sonido del cerrojo metálico descorriéndose -para alojar la bala que destrozaría la frente del

El azar no existe. Cada acontecimiento se produce por alguna razón lógica; la casualidad no hace girar el tambor del destino sorteando posibilidades aleatorias de sucesos entre los individuos; simplemente articula coincidencias en espacios y en tiempos que al superponerse físicamente provocan el advenimiento.

Fui escogido, ó mejor aun seleccionado, después de un minucioso proceso en el que otros -más afortunados- fueron descartados no por intervención de la providencia sino por puro desprecio científico.

Yo era el candidato idóneo; mi condición de líder de la comunidad homosexual local y de reputado defensor de los derechos de los inmigrantes asentados ilegalmente en el extrarradio me convertían en el actor perfecto para protagonizar la ejecución de aquél pobre

muchacho; él, por el contrario, no era sino un instrumento causal del drama en la que su propia eliminación existía sólo para argumentar mi enfrentamiento con la gran paradoja. Su muerte, o más exactamente, su vida, era nudo y no desenlace; casi puro *atrezzo* en el desarrollo de la tragedia urdida por la manada de monos; como la pistola o los contenedores. Y matarlo no conformaba la verdadera razón de ser del macabro argumento que no era otra que mi desenmascaramiento; no ante los cabezas rapadas, que ya habían intuido mi impostura moral; ni siquiera ante el crío extranjero cuya defensa habría abanderado públicamente sin ningún pudor y casi con indecorosa ostentación; sino ante mí mismo, ante el gran farsante; ante el hipócrita mayúsculo.

Y no deduje ese silogismo sobre la contradicción hasta mucho tiempo después, cuando lo que me restaba por vivir se ubicaba sin angosturas en el espacio de una posdata epistolar y la conciencia de saberme esencialmente asesino -a pesar de todo- había convertido mi existencia en un ejercicio casi obsceno de falsedad y artificio cotidiano que culminaría en mi muerte con la más que probable redacción histriónica de un epitafio arrogante que, en ningún caso, mencionaría mi hermética condición de verdugo clandestino.

El eco estridente de las carcajadas de la manada me zarandó la inconsciencia espantándome del letargo fúnebre en el que me había sumido el estampido del disparo. Abrí los oídos antes que los ojos y entre el ruido de las risas dementes percibí el sollozo histérico del muerto reciente sin entender los sonidos de la agonía en la otra vida y, por un instante, creí estar muerto yo también.

El impacto en la cabeza de una bolsa llena de basura lanzada desde la selva urbana me devolvió la vida y el sentido y pude verlo; en la misma posición y con el mismo gesto de espanto; con el mismo llanto y la misma existencia que le había arrebatado cuando le disparé a bocajarro.

La muerte de fogueo sobrevoló las sombras del callejón mientras los monos se retiraron a las copas de sus árboles imaginarios trepando por los escombros de mi conciencia derruida hasta que sus gruñidos no fueron más que un murmullo confundido con el ronquido mecánico de la furgoneta alejándose entre las primeras luces del alba.

El resucitado se desvaneció por el lado opuesto antes de que pudiera moverme y mis despojos se disiparon en el silencio sin tripas cuando el sol lamió las paredes del escenario de la farsa evaporando mi silueta en el hedor fermentado de los desperdicios sin recoger.



Fco. Javier Ávila Llano

Jefe Sección de
Provisión de
Puestos de Trabajo

2º Premio
Modalidad A
Narraciones
Cortas 2006